

El *Fight Club* de las revistas cubanas

Gilberto Padilla Cárdenas

Un joven escritor, editor e investigador cubano selecciona algunas publicaciones memorables, desde un periódico del siglo XVIII hasta una novísima revista independiente que refleja la proliferación actual de discursos alternativos en la más literaria —y combativa— de las islas caribeñas.

En cierto modo, la historia de las revistas literarias cubanas puede ser relatada como uno de esos combates de *full contact* donde todo vale. Basta cambiar los nombres de los púgiles por los de los redactores y sin demasiado problema la entretención está servida. De hecho, leyendo algunas publicaciones —el semanario *Lunes de Revolución* (1959-1961), dirigido por Guillermo Cabrera Infante, digamos—, uno podría pensar que la literatura nacional se mueve en ese gesto de hacer sentir dolor al contrario, de luxar el codo, de presionar el nervio hasta dejar inconsciente al atacante. Ejemplo pertinente: “En este consejo poético”, escribe Virgilio Piñera a propósito de la revista *Poeta* (1942-1943), “la salvación vendrá por el disentiimiento, por la enemistad, por las contradicciones, por la patada de elefante”. El viejo mito es cierto: el campo cultural cubano es un *Game of Thrones*.

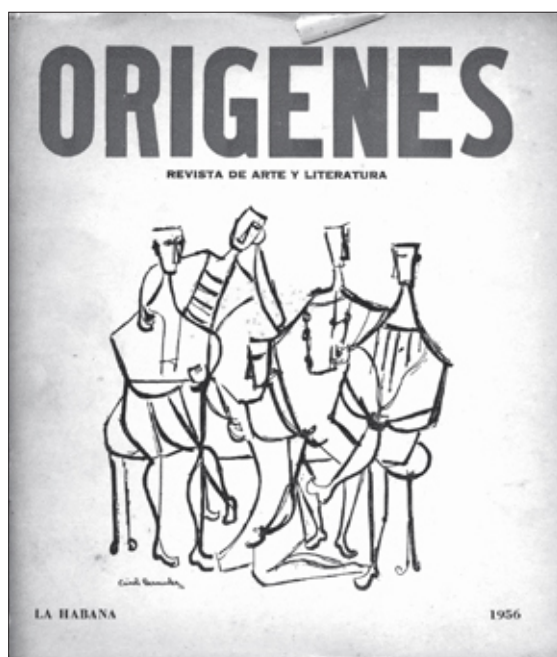
¿Cuáles son las mejores revistas literarias cubanas? Me lo pregunto a veces. La respuesta que aparece es incierta. El oráculo no funciona. La borra de té Lipton en el fondo de la taza no es concluyente. Van mis preferidas:

Papel Periódico de la Havana (1790-1805). Si uno corre el riesgo de dejarse llevar por los titulares del *Papel Periódico*..., descubre que La Habana del siglo XVIII era una ciudad digna de Tim Burton. Ahí estaban los “cuerpos monstruosos” de las fachadas de los templos, las señoras adictas a los “extremos viciosos”

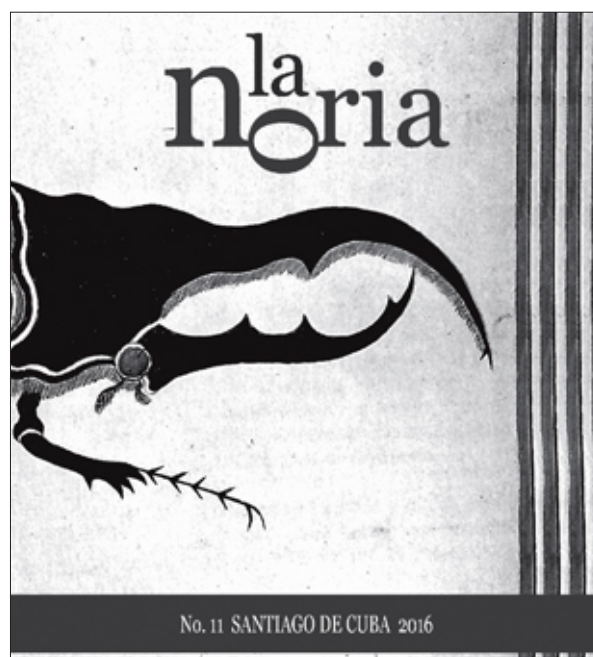
y los “tipos inverosímiles: de la cintura para arriba son mujeres; de la cintura para abajo son hombres”. En sus páginas, los cubanos aprendimos que “polémicas” es un término demasiado cándido, demasiado pueril. Nada se lee en forma pasiva: cada lector es un contendiente.

Orígenes (1944-1956). Revista de arte y literatura fundada por José Lezama Lima y José Rodríguez Feo. *Orígenes* ha marcado a fuego la cultura cubana. Pero al mismo tiempo es portadora de una enfermedad, de un mal endémico: si uno comete el error de investigar qué por ciento de la fanaticada origenista ha leído —al menos— un número de la revista, seguramente recibirá una respuesta desoladora: *Orígenes* hoy es carne de póster, y su fantasma ha abducido a cientos de cubanos —más seguidores que lectores— que ni siquiera han hojeado sus páginas.

Encuentro de la Cultura Cubana (1996-2009). Fue, todo hay que decirlo, una revista sin país, o condenada a ese país deforme que es la diáspora. Dos rumores la cercaron, uno me lo creo y otro no: a) *Encuentro*... fue una especie de antídoto a muchas de las cosas que se publicaban en Cuba con una corrección política que en realidad era una máscara del miedo, a los lugares comunes que vendían nuestros suplementos literarios, a lo que yo mismo creía que debía ser la literatura nacional; b) fue la revista en español más leída por la CIA.



Último número de la revista *Orígenes*, 1956



Número 11 de la revista *la noria*, publicada el 20 de enero de 2017

La Noria (2009). Es más una guerrilla literaria, un lugar de escrituras a la intemperie de la llamada “Generación Cero” cubana, que una revista. Mientras otras publicaciones estatales caminan en puntas de pie a la hora de enfrentarse a la realidad nacional —confundiendo la crítica con la disidencia, el consenso con el miedo, y el eufemismo con las elipsis—, al equipo de *La Noria* ese canon asustadizo les parece fútil. No abundan las publicaciones de grupo en la Cuba post-59, ésta es posiblemente la mejor, con los geniales antecedentes de *Diáspora(s)*, *33 y un tercio* y del *e-zine* de escritura irregular *The Revolution Evening Post*: jóvenes escritores cubanos publican a dentelladas.

El Estornudo (2016). Los chicos de *El Estornudo* —una revista independiente de periodismo narrativo— han descubierto una verdad inquietante: hay que dejar de pensar en infiltrarse en el poder y tomarlo. Eso ya no funciona. No hay que ser clandestinos sino autónomos, y ésa también es una tarea de los críticos literarios cubanos. Hay que inventar otro espacio, un cuarto propio, y abandonar la idea de meternos en el riñón de *La Siempreviva*, *Unión* o la *Gaceta de Cuba* para hacer hemodiálisis. Toda la energía que se emplea en “infiltrarse” en las grandes revistas oficiales para subvertirlas, dinamitarlas, o utilizarlas como plataforma hay que invertirla ahora en concebir una especie de “comunidad imaginada” donde los objetos culturales complejos, exigentes, incómodos, los que más necesitan del suplemento de la crítica, puedan tener un hábitat, reproducirse y estallar.

Si alguien me preguntara qué es lo más relevante de la sociedad cubana contemporánea, tendría que responder, con toda sinceridad, que el cuentapropismo; sobre todo en relación con el surgimiento de nuevas

publicaciones. Me parece que hay una simultaneidad, una cooperación más o menos espontánea, más o menos deliberada, entre la multiplicación de revistas independientes y la proliferación de relatos y maneras de narrar la nación. Es una hipótesis que no hay que doblar mucho para que funcione. Hasta hace muy poco, el único narrador nacional —el rey del International Standard Serial Number (ISSN)— era el Estado. Pero comienza a saberse de la existencia de medios que narran otra realidad. Proyectos donde el Estado —su aparatosa colección de tabúes— es algo tan insignificante como el pedo de un colibrí. Por lo menos ahora la mediocridad institucional cubana queda en evidencia cuando se confronta con esa especie de segunda dimensión, una dimensión paralela, que aparece con el mundo “independiente” donde la relación entre la crítica y la realidad, o entre el pensamiento y la cotidianidad, tiene características distintas. Yo diría que es una relación de necesidad: el contexto cubano necesita romper su monologismo.

Porque ya sabemos que en Cuba una revista no es una plaza donde se pone en boga tal o cual escritor y se predica el evangelio crítico de la temporada, sino un tema de debate político. Autorizar o no un ISSN no es soplar y hacer botellas. Lo que se pelea ahí es el problema de cómo la literatura nacional se acomoda al presente y cómo se encarga de arreglar o desarreglar el cutis del Estado.

Y si la literatura no tiene nada que ver con la corrección política, entonces ¿por qué nuestras publicaciones literarias operan como si hubiera un muro de Berlín que dividiera a los lectores?

Los cubanos —sobra decirlo— somos capaces de leer saltando los alambres de púas o derribando muros. **u**